

Increible parece que, despues de tan significativa reconvenccion, continuara aun desatendido aquel gran genio que, además de ser autor del QUIJOTE, habia vertido su sangre generosa lidiando por su patria contra los infieles. Y no era él ya, anciano y sin esperanza, quien pedia que se remunerasen sus merecimientos: hablaba esta vez, en su nombre, la conciencia pública por boca de un entendido eclesiástico, censor oficial de aquella inmortal obra, y hablaba al propio tiempo harto elocuentemente el decoro nacional, que no podia menos de encontrarse humillado ante el natural asombro de personas extranjeras, que no acertaban á darse cuenta del vergonzoso abandono en que tenia España al mas preclaro de sus ingenios. Cualquiera que hubiese sido la causa del desden con que anteriormente maltrataron á CERVANTES los poderosos de su tiempo, llegada debia ser la hora de que se diese al olvido cuando contemplaban aquella nobilísima figura, próxima á hundirse en la huesa, sonriendo, no con la sonrisa del sarcasmo, sino con la que emana del corazon lacerado, pero generoso, que perdona. Mas ¿cómo habia de hacer mella en favorable sentido la expresiva narracion de Márquez de Torres sobre el ánimo de los ineptos cortesanos de Felipe III, cuando tal vez veian sus flaquezas y ridiculeces pintadas en aquella misma obra que excitaba la admiracion de propios y extraños? Si es cierto lo que sobre este particular opinan algunos autores, no deberá causar extrañeza el desamparo del gran CERVANTES por los prohombres de su época. "La habilidad de remedar y zaherir, dice Quintana á este mismo propósito, es tan peligrosa á los que la tienen como odiosa á los que la experimentan." Nuestro autor sacó á plaza con donosas burlas, no ya las extravagancias, sino los mas feos vicios de sus contemporáneos: no es, pues, de extrañar que estos procurasen apartar su vista de quien tan malparados los dejaba. Ya hemos visto cómo existen grandes motivos para creer que era capital enemigo suyo el confesor del Monarca: debíale suceder lo propio respecto de otros muchos personajes que se creyeran ó fueran efectivamente aludidos en el QUIJOTE, cuyos burlescos chistes, en tal caso, serian dardos certeros disparados sobre el blanco de su amor propio. Dejamos antes hecha alguna indicacion en igual sentido; pero, lo que da mayor luz sobre esta materia, es el excelente escrito que ha inspirado al señor Fernandez Guerra la festiva carta que con tanto fundamento atribuye á CERVANTES, por lo cual no debe parecer ocioso, sino muy del caso, que se traslade aquí á la letra. Sin contar con la amenidad de su chispeante estilo, los curiosísimos datos en que abunda, y la suma agudeza de sus aplicaciones, que revelan un estudio muy profundo de aquella época, son de mayor provecho para ilustrar el QUIJOTE que la fantástica interpretacion de algunos de sus comentadores. Este notable trabajo

ha sido recientemente impreso en dos periódicos literarios, *La Concordia* y *La Revista Ibérica*; mas se reproduce aquí con novedad, por cuanto debemos á su autor la doble fineza de que, á ejemplo de lo que practicó con su reseña de la carta cervantina sobre el dia de campo á orillas del Guadalquivir, nos la haya franqueado con oportunas enmiendas y adiciones, en la forma que sigue:

«Tan precioso documento sirve mucho para completar la biografía de aquel ingenio soberano; sirve todavia mas para descubrimos el procedimiento y artificio con que ponía lindos apodos y fantaseaba nombres acomodados á cada sujeto, aceptando el sistema arcádico de poetas y novelistas en los siglos XVI y XVII, y combinándolo con el que usaban, para bautizar á sus héroes, los autores de los libros de caballerias. Nadie estuvo mas discretamente familiarizado con estos libros que CERVANTES; nadie le superó en inventiva y propiedad para tales nombres: natural parece que solo á él pudieron ocurrirse los que, mantenedor y aventureros, ostentaban en el torneo burlesco de San Juan de Alfarache. Ninguno fué arbitrario; antes bien, todos significativos de las personas que los llevaban.

Desde principios del siglo XVI era costumbre y gala de muchos literatos y caballeros encubrir, en las academias poéticas, sus propios nombres con otros que tuviesen alguna, aunque muy remota afinidad: Don Diego Hurtado de Mendoza se decia *Meliso*; Luis Galvez de Montalvo, *Siralvo*; Don Alonso de Ercilla, *Larsileo*; Micer Andrés Rey de Artieda, *Artidoro*; Lope de Vega, *Belardo*; Don Luis de Góngora, *Daliso*; Luis Barahona de Soto, *Lauso*; Fray Luis de Aliaga, *Alisolán* (como si dijéramos *Aloisio*); Don Francisco de Quevedo, *Fabio*; el famoso músico de vihuela Juan Blas de Castro, *Brasildo*, como en *La Arcadia* de Lope ha descubierto mi discreto amigo el compositor Barbieri.

Salta, pues, á la vista que entonces no se exigía grande semejanza y parentesco entre el nombre y el pseudónimo; bastando para tenerle por bueno pocas letras, pero con tal artificio colocadas que hiriesen la imaginacion y despertasen alguna eficaz sospecha en la memoria.

Dábanse la mano, con estos voluntarios pseudónimos, otros liberamente adjudicados á personas de viso, formándolos tambien de su nombre y apellido, pero de manera que viniese á resultar un mote picante y gracioso, tanto mas perfecto cuanto mas se acercaba al original. No de otra suerte, para motejar de borracho y bebedor á Tiberio César, la maleante ociosidad romana vino á convertirle, de *Tiberio Claudio Nero* en *Biberio Caldio Mero*; esto es, Bebedor á Calderadas de lo Puro.

Sin embargo, las mas veces no eran semianagramáticos los motes, apodos y pseudónimos, sino que embebían en sí algunas señas del sujeto, dando razon de él por tal cual circunstancia ó accidente, por este ó aquel suceso de su vida, por esta ó aquella costumbre, defecto ó distintivo. Segun esta pauta, Amadis, retirado á la oscuridad de la Peña Pobre, dijose *Beltenebros*, que tanto vale como *Bello tenebroso*; Don Quijote apellidase el *Caballero de la Triste Figura*, por la muy triste con que hubo de aparecer en ocasion solemne á los ojos de Sancho; cuál se llamó el *Caballero de la Ardiente Espada*, cuál el *de los Espejos*.

Y ¿no vemos seguidos casi todos estos sistemas en los nombres de los justadores de Alfarache? Harto deja ver el cronista que hubieron de ponerse con su cuenta y razon, cuando asegura que el hidalgo poeta sevillano Don Diego Jimenez de Enciso, mantenedor del torneo, se titulaba el *Caballero del Buen Gusto*, «por tenerle tan bueno en letras, esparcimientos y amistades.» Dar semejante explicacion en la *Carta* no llevaba otro objeto que rendir con una flor merecido tributo al jóven autor de tan sazonadas fiestas; porque los demás nombres caballerescos usados aquel dia, forzosamente manifestaban su propio y clarísimo sentido para quien conociese de trato ó de vista á las personas. Recordémoslo si no. El caballero *Don Floripando Talludo, príncipe de Chunga*, esto es, *la flor de los pandos* ó jorobados, hombre de mal *talle*, hidalgo *mejicano*, que estaba siempre de *chunga*, decidor, alegre y festivo, no podia ser otro que el insigne poeta Juan Ruiz de Alarcon. *Don Golondronio Gatatumba*, mote bien puesto á quien cantuseaba sin cesar el *Don Golondron* y *La Gatatumba*, dos estribillos entonces muy populares, descubria y señalaba necesariamente á Don Diego Arias de la Hoz. *Don Metrilino Arrianzo de Dacia*, como si dijéramos el *Lino* ú Orfeo de los *metrificadores*, ciego partidario del espadachin *Carranza*, y muy feliz en *dar tajos* y reveses, nombre pintado era para el poeta dramático y famoso esgrimidor licenciado Juan de Ochoa. Hoy, con la misma facilidad se halla la explicacion de los demás caballeros de la *Carta* despues de dos siglos y medio.

Si pues solo á CERVANTES debieron ocurrirse los retumbantes, enfáticos y apropiados nombres de los aventureros de Alfarache; si aparece su feliz oportunidad, tan pronto como los analizamos, en las personas que de ellos hicieron ostentoso alarde; si de este exámen resulta el sistema y procedimiento con que CERVANTES los inventaba; y si dias y dias se le pasaron al ingenioso caballero de Argamasilla en imaginar qué nombre se pondria á si mismo, y á su dama y á su caballo, *músicos, peregrinos y significativos*, para lo cual tantos *formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer*, bien puede asegurarse que no fueron improvisados ni carecen de significacion y misterio aquellos otros de valerosos capitanes que, en la *aventura de los ejércitos de carneros*, agolpábanse á la imaginacion de Don Quijote.

Así como al exaltado cerebro del hidalgo de la Mancha parecian ejércitos las manadas de ovejas, y los veia clarísimos, distinguia y diferenciaba, cual si en realidad existieran, ¿qué tiene de extraño que simbólicamente, y en virtud de una segunda ilusion propia, imaginase CERVANTES, en aquellas ovejas heridas de muerte por un loco, ya las muchedumbres de dóciles súbditos de Felipe III, despotizadas y regidas por hombres que estaban muy lejos de merecer gobernarlas, ya la turbamulta de tiranuelos, mercaderes de sangre humana, entremetidos, aduladores, ambiciosos, avaros y soberbios? CERVANTES presenció durante largos años, en Sevilla, los atroces castigos que á leves faltas imponian los asistentes conde de Puñonrostro y señor del Castrillo; en las córtes estudió de cerca la rapacidad é inieuo proceder de favoritos y encumbrados; y á juicio los trajo siempre, no como lo hacia Quevedo, con la escandalosa discusion política, sino sacándoles los colores al rostro con la alabanza y deleitosa pintura del mérito verdadero, de la callada virtud, de la moral fecunda en imperecederos bienes. Ni dogmatizó como repúblico, ni ultrajó como satírico: limitóse á la censura, libre de ostentacion y alboroto; á las burlas de las humanas flaquezas, sin jactancia de tirar la piedra á tejado conocido; en fin, á poner delante

de la sociedad el espejo de sus perfecciones é imperfecciones, sabiendo que la sociedad no tendria valor para romperlo, por aquello de

«Arrojar la cara importa,
Que el espejo no hay por qué.»

De la propia manera, y con el mismo procedimiento que en el torneo burlesco de Alfarache, CERVANTES en su libro inmortal hizo, de Quijada, *Quijote*, el *pastor Quijotiz*, y el *caballero de la Triste Figura*; de Aldonza, *Dulcinea*; del rocin, *Rocinante*; de Casilda la andaluza, la *Señora Casildea de Vandalia*; del bachiller Sanson Carrasco, el *pastor Carrascon*, el *caballero del Bosque*, por no ser ajenos de ellos las coscojas, y el *caballero de los Espejos*, y el *de la Blanca Luna*; del cura, el *pastor Curiambro*; y de Panza, el *pastor Pancino*: nombres todos tan parientes entre sí. ¿Faltará igual afinidad en los demás del libro? ¿habrán nacido como los hongos? Permitaseme dar rienda suelta á la fantasia y aventurar algunas conjeturas para comprometer á ingenio mas feliz en descifrar los misteriosos caudillos y capitanes de los ejércitos ovejunos.

Quiero callar á quién atribuyo la espada del ostentoso mequetrefe *Branda-barbarán de Boliche*, señor de las *Tres Arabias*, y quién sospecho pueda ser el jugador hugonote *Pierres Papin*, señor de las baronias de *Utrique*, á quien alude Quevedo en aquella sátira, objeto de escándalo entonces:

«Los que quisieren saber
De algunos amigos muertos,
Yo daré razon de algunos,
Porque vengo del infierno.
Allá queda barajando
El que acá sabia mas cierto
Á cuántas venia su carta
Que si fuera en el correo.»

Tampoco nada indicaré acerca del medio moro, maton é infatuado con vanidades de pergaminos, *Ali-Fanfarron*, señor de la grande isla *Trapo-vana*; aunque recuerdo cabos en la milicia, y oficiales y ministros en los consejos, á quienes tales apodos vendrian como de molde.

Pero no dejaré de decir que, pudiendo simbolizar tambien los dos ejércitos otros tantos partidos que sordamente se disputaban entonces en España el esquilmo de las rentas públicas, de los negocios y de la provision de los destinos, es fácil distinguir el caudillo de una de tales huestes en el *garamanta Pentapolin del Arremangado Brazo*. Analicemos este nombre. Eran antigua gente de la Libia los fieros *garamantas*, ó *garamas*, como decian los poetas de la edad media; y jugando del vocablo en el siglo XVII, estudiantes y picaros (todo uno segun Quevedo) acaso pronunciaban fuerte la *r*, formando con la voz *garramanta* un sustantivo sinónimo de *garrama*, del verbo *garramar*, que tanto vale *cobrar los tributos* como *robar* y *hurtar*. Es de advertir que en el códice colombino, en los manuscritos de aquel tiempo y en autógrafos de